

Un cuento de prevención

Narrado por Eesha Sardesai

A lo largo de los años, Gurumayi ha contado y enseñado muchas historias sobre el amor de una madre por su hijo y las responsabilidades que surgen con este amor. La siguiente historia la he escuchado contada por Gurumayi en sátsang. La cuento para el sitio web del sendero de Siddha Yoga en honor al Día de las Madres 2021.

La luz en la plaza del pueblo era tenue, como lo es cuando el día se acerca a su fin y el sol está suspendido por debajo en el cielo. Todo estaba en calma, se podría decir que estaba inquietantemente silencioso, un silencio tenso que provocaba cierta anticipación incómoda. Lentamente, el hombre avanzó arrastrando los pies. Tenía los hombros encorvados, hundidos en su cuerpo. Pequeñas nubes de polvo se levantaban alrededor de sus pies mientras los empujaba hacia adelante, unos centímetros a la vez, tanto como lo permitían las gruesas cadenas que rodeaban sus tobillos.

También tenía las manos atadas, la cadena de las esposas apretada por el fornido guardia de mandíbula cuadrada que estaba a su derecha. A su izquierda había otro guardia, y detrás de él había un tercero, listo para darle un codazo, patearlo o empujarlo hacia adelante si se demoraba demasiado en algún punto. El hombre, quien había fijado sus ojos en el suelo, en las piedras grises que se mezclaban con la arena, también de color gris, ahora los había levantado. Se había reunido una gran multitud, una enorme aglomeración de personas en fila lo miraba. Algunos alargaban el cuello para ver mejor. El hombre caminó junto a ellos, su expresión era impasible, su mirada apática, resignada, ya muerta.

Las personas en la multitud comenzaron a susurrar. ¡Qué cambio parecía haber forjado el destino! ¿Era esta persona, la de manos y pies atados, de pelo todo enmarañado y la cara cubierta de tierra, el *mismo* hombre carismático que había vivido entre ellos todos estos años? ¿El hombre al que todos habían adorado y por el que todos se habían sentido intrigados, el hombre del que todos se habían

enamorado desde que era un niño? Había sido tan guapo, tan encantador; sus modales eran impecables. Y cuando mostraba esa sonrisa ligeramente torcida y pícaro, siempre cuando menos la esperaban, no podían evitar querer conocerlo, ayudarlo, confiar en él.

El sol bajó aún más en el cielo y el hombre avanzó con dificultad. La horca ya no estaba tan lejos. Los espectadores se fusionaron ante sus ojos en una mancha de color oscuro: el hombre del bastón, el niño chimuelo, la mujer con rizos color gris-metal y labios temblorosos...

Hubo un suave sonido de metal cuando el hombre se detuvo abruptamente. En alguna habitación oscura muy detrás de sus ojos, una luz pareció parpadear y arder. Se volvió hacia los guardias que lo miraban con curiosidad.

"Tengo un último deseo antes de que me lleven a la muerte". Dijo el hombre con repentina intensidad, hizo una pausa y continuó con una voz más mesurada. "Hay alguien en esta multitud a quien me gustaría dar un mensaje. ¿Serían tan amables de atender mi solicitud?"

Los guardias se miraron unos a otros, consultando entre ellos en silencio. Vieron a su prisionero y le dieron un breve asentimiento.

"Estoy muy agradecido".

El hombre se metió entre la multitud, los guardias detrás, manteniéndolo atado. Él se movió con energía renovada, incluso con urgencia, hasta que se encontró cara a cara con la mujer de cabello color gris a la que había vislumbrado momentos antes.

De cerca, pudo ver que la mujer estaba llorando. Sus ojos estaban abiertos y húmedos, y su rostro estaba manchado de lágrimas. Mientras él se mantenía de pie frente a ella, con la cabeza al menos unos treinta centímetros por encima, ella abrió la boca para hablar. Todo lo que salió, fue un gemido agudo.

El hombre se inclinó hacia ella, su movimiento tan gradual, tan infinitesimal, era como si estuviera en cámara lenta. Su rostro casi rozó con el de ella, y por una fracción de segundo, parecía que iba a besar su mejilla. Pero luego las comisuras de la boca del hombre se alzaron en una especie de mueca, enseñó los dientes y...

¡Chomp!

La mujer gritó y saltó hacia atrás, ahuecando su oreja mientras sangre roja y caliente se derramaba por un lado de su rostro.

—¿Por-por-por qué hiciste eso? —preguntó ella.
Su voz estaba sofocada por el dolor, la confusión, la incredulidad.

—¡M-me mordiste el lóbulo de la oreja!

El hombre escupió en el suelo frente a ella.

—Madre —dijo en un gruñido ruin y amenazador. Su rostro estaba contraído por el disgusto.

—Madre —repitió el hombre— dime, ¿por qué me llevan hoy a la muerte?

La mujer, la madre de este hombre, gimió, aparentemente incapaz de dar alguna otra respuesta. Se llevó las manos a la oreja ensangrentada, sus dientes apretados mientras nuevas lágrimas inundaban su rostro.

—Continúa —dijo el hombre con esa misma voz quebradiza— no me darán mucho tiempo.

—P-porque —balbuceó finalmente— ¡están diciendo que le robaste a la gente!

Mi querido hijo, ¿están diciendo que asesinaste gente! No puedo creer que sea verdad, y sin embargo... —se detuvo, la sangre continuaba goteando por su mano.

—¿No puedes? —dijo el hombre en voz baja—. ¿No puedes creerlo? En ese caso, madre, déjame recordártelo. Retrocedamos en el tiempo, a cuando era un niño de pocos años, Ahí fue cuando comenzó, ¿verdad? Fue entonces cuando empecé con el hábito de quitarle cosas a la gente.

—¡Pero esas eran cosas pequeñas! —exclamó su madre— juguetes y baratijas. Y eras tan pequeño, solo un bebé, y tan dulce, y a nadie le importaba si les quitabas esto o aquello.

—¿Y qué pasó cuando crecí un poco y estaba en la escuela? ¿Recuerdas cómo comencé a tomar las pertenencias de mis compañeros de clase? ¿Recuerdas cómo lo convertí en un juego y robaba cada vez más y más?

—Sí, pero...

—¿Y qué dijiste entonces? —preguntó el hombre— te reíste y me dijiste lo inteligente que era. Dijiste que era tu niño perfecto y nada cambiaría eso.

—¡Solo tenías curiosidad por el mundo! ¡Te estabas expresando! —respondió su madre— y todavía eras tan pequeño.

—¿Y, cuando me hice mayor y me volví realmente bueno robando cosas, y me divertía aún más con eso? Le quitaba el collar a una mujer directamente de su cuello. Le arrebatava la billetera a un pobre anciano directamente de su bolsillo. Estafaba a todos, sin importar quien fuera. Y cuando pensé que me perseguirían, supe como deshacerme de ellos. ¿Qué me dijiste entonces?

—No sé por qué estás haciendo esto —dijo su madre desesperada—. No sé qué es lo que estás tratando de demostrar. ¡Solo te he dicho lo mucho que te amo!

—Sí —dijo el hombre con cruda satisfacción— así es. Eso es todo lo que me dijiste. Eso es todo lo que me dijiste cuando estaba creciendo. *Eres maravilloso. Eres especial. Eres genial. Eres fantástico. Nada de lo que hagas cambiará eso. Eres mi niño precioso. ¡Te amo, te amo, te amo MUCHISIMO!*

La voz del hombre resonó en la plaza del pueblo. Hubo un fuerte estruendo en dirección de un árbol cercano debido al vuelo de un par de cuervos sorprendidos.

—¿Y sabes qué, madre?, dijo el hombre volviendo a un susurro. —¡Yo lo creía! Creí cada palabra que dijiste. Dime, si esto es lo que me dijiste todos los días, sin importar lo que hiciera, ¿cómo se suponía que iba a aprender lo bueno de lo malo?

—Así que no llores ahora, madre —continuó el hombre— este es el lecho que creaste para mí. Este es el destino que creaste para mí. Tus alabanzas han significado literalmente la muerte para mí. Así que continúa. Que sigan llegando las alabanzas. Dime que todo lo que hago es tan bueno. Dime cómo no puedo hacer nada malo. Muéstrame este amor del que hablas.

Con una última mirada despectiva a su madre, el hombre subió a la horca. El sol casi se desvanecía en la línea del horizonte, un pigmento rojo como la sangre se filtraba en el cielo anaranjado. La multitud abucheó. Desde algún lugar dentro de la marea de gente, hubo un lamento reprimido.

